
In memoriam Francisco Estrada Valle*

Carlos Monsiváis

Sólo vi a Francisco Estrada Valle en una ocasión, en uno de esos maratones televisivos en donde a los escasos juicios sensatos los ahoga la marejada de prejuicios, lugares comunes y participantes. Lo sentí tan dueño de sus ideas, y de esa prueba de las ideas que es el comportamiento, que me resultó natural su serenidad ante las arremetidas de quienes sólo se alegran si imponen de modo bárbaro las pesadillas que llaman "convicciones". Luego, me he ido acercando a Francisco mediante los testimonios amistosos, y las sensaciones complementarias de angustia y afecto. Y he comprobado la inmensa coherencia de un médico joven, entregado a una causa que lo trasciende, lo ubica, lo define, y explica el conjunto de su existencia.

En los años ocheta, el SIDA fue "el relámpago en medio de la fiesta", que enfrentó a los gay, el sector más severamente diezmado en la primera etapa, con las tragedias individuales y la urgencia de respuesta comunitaria. Pronto, al irse revelando la profundidad de la epidemia y la carencia de información y métodos preventivos, Francisco, y muchos otros, con los recursos entonces existentes, enfrentaron el problema, y se enfrentaron también a la epidemia contagiosa, la del miedo, la irresponsabilidad, la ignorancia que no tiene modo de interrumpirse, los desmoronamientos psíquicos, el deseo pueril y maligno de venganza, la abjuración en los instantes de terror de todo lo vivido, el auto-anulamiento. Como otras agrupaciones, AVE de México, fundada por Estrada, surge para impulsar el sentido comunitario, y propagandizar hechos capitales: la dignidad irrenunciable de los enfermos, el rechazo a las discriminaciones a enfermos y seropositivos, la planificación de las prevenciones.

*Leído en el homenaje al doctor Francisco Estrada Valle en el Foro Coyoacanense de Cultura.

AVE de México, y los otros grupos, han trabajado a contracorriente, entre la oleada de pánico, paranoias, derrumbes psíquicos, tragedias, devastaciones de la economía personal y familiar, rechazos, incomprendiones sociales y persecuciones eclesiásticas. Francisco, en esto y en mucho semejante a los otros participantes de los grupos, desafió a las campañas de ocultamiento del clero y los organismos de la derecha, a la tibieza o el encono de autoridades anhelosas de no ofender a los tradicionalistas o tradicionalistas ellas mismas, a los estigmas y las iniquidades. Y fue también suyo el gran logro del movimiento internacional en contra del SIDA y su cauda de efectos, la capacidad de recuperar, para el pensamiento y la práctica del humanismo, territorios que se juzgaban inexistentes.

Véase lo conseguido por los grupos mexicanos en unos cuantos años; han alentado a miles de personas, han creado sus propios recursos y han aprovechado a fondo los muy insuficientes apoyos gubernamentales, han sistematizado sus talleres de sexo seguro, han publicado folletos y colaborado en el magnífico suplemento *Sociedad y SIDA* de *El Nacional*, que dirige Francisco Galván, han publicado numerosos artículos y testimonios, han protestado contra las medidas de oprobio. Genuino movimiento social, ellos le dan a la prevención del SIDA y a la atención de enfermos y seropositivos, el carácter urgente que es una de las grandes reclamaciones morales del fin de siglo. Proveer de esperanza a quienes la hipocresía sitúa más allá de toda esperanza: en pos de esta meta, los integrantes de los grupos recuperan a diario la energía consumida en la constante noción de pérdida y en la imposibilidad de ayuda más allá de cierto punto.

La homofobia, el odio o el rencor contra los homosexuales, negación tumultaria de la pluralidad, anhelo de exterminio a escala, ejercicio del desprecio que es pedestal instantáneo, se expresa como siempre en los crímenes con la saña que multiplica a la prepotencia, en el linchamiento verbal, en el maltrato físico que es "castigo merecido", en la burla que subraya "la monstruosidad" de ser distinto y, en días recientes, en la negación de los derechos civiles para gays y lesbianas que es otra hazaña del Vaticano. En la homofobia, el prejuicio se vuelve ley, y las cóleras y los temores, mientras más delirantes más apreciados, justifican y desatan la persecución.

¿Por qué se da esto? No me interesa la calificación clínica de los homófobos, sino la evidente: la homofobia florece en las atmósferas del

menosprecio a los derechos humanos y civiles, donde, en cualquier circunstancia, las víctimas son las culpables y hay, casi oficialmente, seres de segunda y de tercera clases. La homofobia expresa un hecho irrefutable: en donde se le niegan derechos a las minorías, se les niegan también, y con procedimientos similares, a las mayorías. En función del SIDA, la homofobia se envalentona, por así decirlo, como lo ratifican los crímenes, las razzias perpetuas, el regocijo de la prensa amarillista, la persecución eclesiástica, los vejámenes a enfermos de SIDA y seropositivos en hospitales, centros laborales y familias. Y a la luz de la tragedia hay también pruebas de lo contrario: el comportamiento extraordinario de muchas familias, la inclusión de las agresiones homófobas entre los ataques a los derechos humanos, la existencia de una prensa respetuosa y solidaria, y el que, de modo creciente, y a escala internacional, la homofobia sea ya un término de oprobio. Y ahora transitamos de la sociedad que otorgaba su complicidad unánime a la homofobia, a la sociedad en donde la homofobia ya encuentra resistencias diversas, entre ellas el progreso de la tolerancia, la ampliación de ideas y prácticas de los derechos humanos y la difusión misma de la palabra homofobia, resumen crítico de una forma ancestral de la barbarie.

Otro avance: la gradual, a momentos imperceptible pero irreversible disminución del sentimiento de culpa, estrategia demoledora de minorías y mayorías. Disminuir el sentimiento de culpa en las víctimas de la homofobia, y en sus seres cercanos, es contribuir a la eliminación definitiva, en la vida laica, de la noción de pecado, esa última fortaleza de la teocracia. Por eso, me estimula observar hasta qué punto las circunstancias de su asesinato en nada tocan la figura de Francisco Estrada, como, por otra parte, tampoco dañan la memoria de sus compañeros de infortunio, de esa noche y de las otras innumerables noches de la ansiedad por extirpar a lo diferente. La sordidez del crimen le pertenece por entero a sus autores, a los partes policiacos que desdeñan a "los pervertidos", y a los reporteros que al mofarse de los muertos creen obtener lo que siempre les estará negado: la autoridad moral.

Alguna vez, E.M. Forster escribió: "¿De qué puede estar orgulloso un hombre si no está orgulloso de sus amigos?" A lo largo de sus días y años de lucha, Francisco quiso estar con los suyos, en el riesgo y la tragedia. El creyó en el trabajo organizado y en los círculos solidarios, que si no evitan muchos males son la gran ayuda inapreciable a nuestro alcance. Estrada Valle se propuso, sin vanagloria alguna, vivir plenamente

las responsabilidades de la vanguardia moral en un medio corroído por el egoísmo y la indiferencia. Y por su apego a las tareas colectivas y a la responsabilidad del individuo, irremplazable, lo imagino diciendo: "¿De qué puede estar orgullosa una persona si no está orgullosa de su comunidad?"

Gracias, Francisco, por tu lucidez y tu entereza.